



MOVIMIENTO
APOSTÓLICO
MANQUEHUE



EL CONCEPTO DE HUMILDAD, CENTRO DE LA PROPUESTA EDUCATIVA

La humildad es un camino de vuelta al Padre por el cual el hombre descubre su radical necesidad

de Dios y aprende a vivir siempre en su presencia, imitando a Cristo, con un amor que se manifiesta en una alegre sumisión a su voluntad y en el servicio a los hermanos.

La humildad en la tradición benedictina es un concepto que encierra un significado distinto del comúnmente usado y cuya comprensión resulta fundamental dentro de la propuesta educativa del Movimiento Apostólico Manquehue. Como destaca García Colombás¹, para san Benito la humildad es un concepto muy amplio, que engloba toda la experiencia humana, y se constituye en la experiencia fundamental del cristiano y, especialmente, del monje. Por ello, rebasa con mucho el concepto reducido que sitúa la humildad, dentro del esquema de las virtudes, como una parte de la modestia y la templanza, contraria a los apetitos del orgullo. Para san Benito, la humildad es una virtud general, madre y maestra de toda virtud, una disposición del espíritu, una actitud del alma delante de Dios, de sí misma y de los demás.

Para san Benito la humildad es un itinerario espiritual, una ascesis, por ello, hablamos de un **camino de humildad**, un camino de aprendizaje, y lo ubicamos en el centro de nuestro modelo educativo, junto a la concepción de hombre, creado, caído y redimido por Dios. Esta posición central de la humildad en nuestro modelo educativo responde a las palabras de nuestro Proyecto Educativo: “nuestra propuesta educativa se sostiene en los siguientes elementos: una particular visión de hombre, nuestros principios pedagógicos y las características que buscamos desarrollar dentro de la comunidad escolar, todos ellos de acuerdo al espíritu benedictino que nos anima. Cada uno de ellos aporta, desde una perspectiva diferente, a la construcción de nuestra comunidad escolar y juntos nos proponen el camino concreto por el cual avanzar, que no es otro sino el que nos propone san Benito en su capítulo sobre la humildad. Este camino de la humildad que nos enseña san Benito permea todos nuestros principios, puesto que en él describe la experiencia básica sobre la cual todo nuestro proyecto se sostiene: el encuentro con Cristo y el camino de conversión del hombre que, descubriendo su amor, quiere seguirlo”².

Esencial para comprender la humildad benedictina es captar que ésta se funda en el autoconocimiento en la presencia de Dios: reconocerse criatura, creada a imagen y semejanza de Dios, con fortaleza y debilidad, salvada y redimida por Dios. Es decir, está íntimamente ligada a la verdad: es una actitud que proviene de un reconocimiento de la verdad del hombre sobre sí mismo, criatura, frente a Dios, su Creador. Es la actitud del hombre que vive de acuerdo a su naturaleza, a su constitución a partir del *humus*, formado a partir del polvo de la tierra, que le permite reconocer sinceramente lo que es y asumir la verdad que del polvo venimos y en polvo nos convertiremos³. El hombre sin reconocer su miseria, cae en la soberbia; sin reconocer su grandeza, cae en la desesperación; el hombre convive con la grandeza de su vocación y la miseria de su condición y su encuentro con la misericordia de Dios lo lleva a no desesperar jamás en este camino⁴, “seguro con la esperanza de la recompensa divina”⁵.

La humildad proviene de una profunda convicción interior de nuestra radical necesidad de ser salvados, de que no podemos salvarnos sin Jesucristo, el Redentor. Es esa conciencia de la acción del pecado original en nosotros mismos la que nos impulsa a una profunda

¹ Colombás, García M. *Comentario a la Regla de San Benito*, BAC, pp. 289- 319.

² Proyecto Educativo MAM, p. 18.

³ Ver Gn 2, 7; Qo 3, 20.

⁴ Cfr. RB 4, 74.

⁵ RB 7, 39.

necesidad de conversión y nos hace emprender el camino de la humildad, al descubrir la miseria humana y la grandeza de Dios.

La humildad, por tanto, consiste en reconocer nuestra necesidad radical de Dios. En palabras de San Agustín: “reconoce que eres hombre, toda tu humildad consiste en reconocer lo que eres”⁶, y de santa Teresa: “Dios es suma verdad, y la humildad es andar en verdad”⁷. Esta relación entre humildad y verdad la expresa admirablemente Juan Pablo II al definir la humildad como “sumisión creativa a la fuerza de la verdad y el amor”⁸. Una sumisión, pero creativa, un andar, es decir, la humildad implica moverse, caminar, obrar. La humildad se entiende como un camino por el cual el hombre se hace cada vez más dependiente de Dios, que avanza cada vez más a una sumisión alegre y sin reserva a la voluntad de Dios⁹.

Este camino empieza y se desarrolla en el claustro interior del hombre, en su corazón, donde, como el hijo pródigo¹⁰, descubre su miseria y decide volver a la casa y el amor de su Padre: “si quieres conocerte a ti mismo y educarte, entra dentro de ti mismo y no te busques fuera de ti... Entra en ti mismo, pecador, entra allá donde tú eres, en tu corazón... El hombre que entra dentro de sí mismo ¿no se descubrirá lejos, como el hijo pródigo, en una región diferente, en una tierra extranjera, donde se sienta y llora al acordarse de su padre y de su patria? (Lc 15,17)...”¹¹. Este camino de vuelta al Padre es un recorrido que abarca toda la vida, un programa de vida, un camino que para san Benito, como explica García Colombás, conduce al hombre desde el temor al amor, es la “escala del amor perfecto”¹².

Y si su meta es el amor perfecto, su maestro es el Amor mismo: Jesucristo. La humildad tiene como presupuesto el encuentro con Cristo, que impulsa a la conversión, a vivir el Bautismo sumergidos en Cristo para resucitar con Él. Fue Él mismo quien formuló el ideal de la humildad en las Bienaventuranzas¹³ y, sobre todo, con su ejemplo de vida. Él dijo: “Yo soy el Camino”¹⁴. El camino del corazón humillado es el camino de la fe en Jesús. Por lo tanto, la humildad no es otra cosa sino la imitación de Cristo, es un camino en que se aprende mirando al Maestro, escuchando su Palabra. Como nos dice san Benito: “la divina Escritura, hermanos, nos grita: todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado”¹⁵, es decir, nos invita a un camino de humillación basado en la Sagrada Escritura.

Seguir este camino es procurar imitar a Cristo, en dos ámbitos: en su relación con el Padre, mediante la obediencia total, y en su relación con los hermanos, en el servicio amoroso

⁶ San Agustín, *Sobre San Juan 25*, 16. Cit. en Bernardo Olivera, OCSO, “Siguiendo a Jesús en María. Orientaciones para una Espiritualidad Cotidiana”, Editorial Soledad Mariana, Buenos Aires, 1997, pp. 127-137.

⁷ Santa Teresa, *Moradas sextas X*, 8. Cit. en id.

⁸ Juan Pablo II, Ángelus del 4-III-1979, cit. en id.

⁹ Ex 20, 20 y Os 2, 21b (ver notas al pie)

¹⁰ Cf Lc 15, 11-24

¹¹ Isaac de Estella (?-hacia 1171, monje cisterciense). Sermón 2 para la fiesta de Todos los Santos, 13-20

¹² Colombás, op. Cit., p. 289.

¹³ Mt 5, 1-12.

¹⁴ Jn 14, 6.

¹⁵ RB 7, 1.

hasta el extremo de “dar la vida por los amigos”¹⁶. En su relación con Dios, el hombre humilde es aquel que siente en lo hondo de su espíritu la propia miseria moral, la necesidad y el deseo de Dios. En su relación con los hermanos, el hombre humilde es el servidor de los hermanos.

La humildad de Cristo la explica en profundidad san Pablo en Flp 2, 5-8: muestra allí la *kénosis*, el abajamiento voluntario de Cristo desde su condición divina para hacerse un hombre como cualquiera, obediente a su Padre hasta la muerte. La humildad fue, por tanto, la disposición más profunda y radical de su existencia, y ser humilde consiste, pues, en seguir sus pasos. Reproducir el corazón de Cristo nos hace ofrecer el cuerpo y el alma para que Dios pueda hacer su historia en nosotros.

Por lo tanto, la humildad debe estar en el centro de un modelo educativo que tiene como meta educar para la vida eterna, pues ella es la escala por la que el hombre sube al cielo y alcanza el amor perfecto. En este modelo, la humildad se convierte en el primero de los talentos¹⁷. La humildad es una bajada del hombre exterior e interior a las alturas. Para san Benito, la humildad es una trayectoria de vida a la que nos invita Dios en su Palabra, la que “nos grita”, lo que la convierte en un programa obligatorio para el monje.

García Colombás estructura los doce grados de humildad de san Benito, que no son escalones sucesivos sino que a veces vivimos uno, otras otro, o incluso varios simultáneamente, y explica el sentido de este descenso-ascenso: parte del temor de Dios, el recuerdo constante del Dios santo y juez de nuestros actos, que nos lleva a estar siempre vigilantes para evitar los pecados y vicios, pero enseguida nos recuerda que frente a Él no estamos solos, sino que en el camino de obediencia y renuncia a la propia voluntad, nos adherimos o incorporamos a Cristo y es Él quien nos arrastra en este descenso, hasta llegar a reconocer profundamente la propia indignidad, junto con el salmista: “he quedado reducido a la nada y no sé nada”¹⁸, hasta llegar a creer en el fondo de nuestro corazón que somos el más indigno de todos¹⁹.

La humildad no es, por tanto, fruto de un esfuerzo virtuoso del hombre, sino un dejarse llevar por Cristo, el único que tiene el poder para salvarnos. La humildad consiste pues en “configurarnos con el Maestro”²⁰, hacer la voluntad del Padre y no la nuestra, obedecer a los superiores en todo momento y circunstancia, llegando a reconocer la indignidad del hombre, hasta el abajamiento, la humillación y el martirio. Esta humildad no es sólo un camino del hombre interior, sino que debe manifestarse en el hombre exterior, en su relación con los demás. Para san Benito, la primera señal de humildad es la observancia puntual de la Regla, junto al seguimiento del ejemplo de los mayores. Señal de humildad es también la taciturnidad y sensatez²¹ del monje.

¹⁶ Jn 15, 13.

¹⁷ Eguiguren, José Manuel: Un Nuevo Colegio Benedictino, Conferencia sobre la Experiencia Educativa del Movimiento Apostólico Manquehue, Abadía de Worth, 1999, p. 12.

¹⁸ Cfr. Sal 73, 22.

¹⁹ Cfr. RB 7, 51.

²⁰ Aparecida, Documento Conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, 136.

²¹ En la tradición benedictina, el término “sensatez” designa una conciencia permanente de la presencia y mirada de Dios, que guía todas las acciones y actitudes del monje. Para una mejor comprensión, revisar las palabras “gravedad” y “discreción” del índice de palabras de la Regla de San Benito, Edición del Movimiento Apostólico Manquehue, Santiago, 2002.

Al purificar la voluntad, los pensamientos, los sentimientos y el cuerpo, los grados de humildad hacen que el hombre se conozca a sí mismo y que se abra para dejarse conducir por Dios²². Así empieza emerger en él el Reino de Dios, como decía san Antonio citando la Escritura: “el Reino de los cielos está dentro de vosotros”²³ y va saliendo en la medida en que nos desconectamos del hombre viejo y de los ídolos del mundo, pues este camino de humildad va desmantelando, desarmando por completo al hombre viejo que vive en nosotros.

Al recorrer el camino de la humildad que enseña san Benito, la persona avanza hacia la verdadera libertad de los hijos de Dios; la humildad provoca la libertad, la que tiene tres expresiones fundamentales: un ensanchamiento del corazón²⁴ que hace correr por el camino de los mandamientos de Dios y rompe los prejuicios; la capacidad de amar con libertad, con un amor casto y desinteresado, el “buen celo” a que invita san Benito²⁵, y el gozo o deleite de las virtudes²⁶.

Cuando el monje ha alcanzado la plenitud de la humildad, se ha acercado a la plenitud del amor: cuando la humildad se ha adueñado de su corazón, transforma también su cuerpo. Y entonces viene la paradoja: el hombre se ha guardado constantemente del pecado para llegar a sentirse más pecador que nunca. Sólo desde ese abajamiento puede el hombre alcanzar la cima del “amor que, por ser perfecto, echa fuera el temor” del que había partido²⁷, alcanzando una especial comunicación con el Espíritu Santo que habita en él, no lo abandona y lo va transformando, guiando y purificando.

Por tanto, el camino de la humildad es el recorrido fundamental en el que debemos acompañar como educadores, enseñando la verdad del ser humano como criatura redimida por Dios, mostrando al Maestro del amor y la humildad y dejando que Él en su Palabra señale el Camino que va del temor al amor, mostrando ejemplos de ese amor en la vida comunitaria y en la pedagogía de la tutoría. Sólo así estaremos dando a conocer a este Dios Uno y Trino: el Padre con quien nos encontramos temerosos al comenzar el camino, el Hijo que nos conduce y arrastra en su abajamiento, y el Espíritu Santo, que nos penetra durante esta pedagogía y nos transforma en hombres nuevos, ciudadanos del reino de Dios. La humildad es pues, como dice García Colombás, “una pedagogía de Salvación”²⁸ que nos enseña Dios mismo.

²² Cfr. Rm 7, 24-25.

²³ San Atanasio, *Vida de san Antonio, Padre de los Monjes*, 20. Cf. Lc 17, 20-21.

²⁴ RB, P, 49.

²⁵ V RB, capítulo 72,

²⁶ RB 7, 69.

²⁷ RB 7, 67.

²⁸ Colombás, *op.cit.* p. 319.